

porque estando seguros de su poder, no necesitan rebajarse para dominar, y es para ellos grato, casi necesario, proteger y amparar á los débiles. De esta manera, al hacerse fuerte por el ejercicio físico, el joven Porfirio Díaz preparó al mismo tiempo su grandeza moral. En la misma fuente bebió los principios de otras grandes virtudes que todos le reconocen: la serenidad, la castidad, la templanza, el amor al trabajo, la sencillez de sus gustos y la resistencia al sufrimiento y á las tentaciones.

Pocos ejemplos habrá tan elocuentes como el del General Díaz, para demostrar que los cuerpos sanos y fuertes, albergan espíritus nobles y poderosos.

Para los niños que comienzan á vivir en esta era de paz, y cuyo deber más sagrado es prepararse para conservar este don inestimable, el más grande de tantos que debemos al regenerador de México, claro es que la educación física no debe tener por fin desenvolver las facultades que se ejercitan en los campos de batalla; pero la vida es un perenne combate, y para vencer en las luchas sociales, son también indispensables, quizás en mayor proporción, las cualidades físicas y morales que nacen de la salud y la fuerza.

VI

EL ESTOICISMO

LAS VIRTUDES HEROICAS SON LAS QUE SE EJERCITAN

A DIARIO.

Admirable y digno de glorificación es sin duda alguna, el épico heroísmo del último Emperador mexicana, que sufrió impávido que le abrasaran los pies, antes que revelar el paradero de los tesoros que buscaba la codicia del conquistador. Sin embargo, aun es más bello, heroico y merecedor de respeto é imitación, el estoicismo de los hombres que en cumplimiento del deber, sufren resig-

nadamente dolores, enfermedades, privaciones y sinsabores durante meses y años, sin flaquear, sin rebelarse y sin desertar de su puesto. La circunstancia, común á esta clase de acciones, de pasar desapercibidas y quedar en la oscuridad y en el olvido, es cabalmente lo que más las sublima y avalora.

Examinando uno por uno los grandes rasgos de estoicismo que menciona la historia, invariablemente se descubre entre los móviles de ellos un fondo de cálculo que, si no los empaña, demuestra por lo menos que sus autores los consumaron en momentos de sobreexcitación é impulsados y enardecidos por el amor propio, por la cólera, por el fanatismo, por la desesperación ó por todas estas pasiones á la vez.

Pero los que se sacrifican en aras del deber día á día, en circunstancias normales y hasta vulgares, serena y tranquilamente, á sabiendas de que sus actos pasarán inadvertidos y quedarán sin premio, éstos son los verdaderos héroes de la abnegación; y si el sacrificio llegare hasta sufrir tormentos y dar la sangre y la vida, si necesario fuere, por un ideal noble y grande, tendremos el ejemplo más hermoso de estoicismo en grado sublime.

Muchos moralistas citan como modelo de estoicismo el de aquel niño espartano que se escondió en el seno, bajo el vestido, una aliña que había capturado y con la que se proponía jugar al terminar la lección, durante la cual soportó sin dar muestras de dolor, los arañazos y los mordiscos de la fierecilla prisionera. Este ejemplo es frívolo é inmoral, bien considerado, porque ningún mérito hay en sufrir por capricho ó por buscar un placer.

En cambio, cuán bueno y cuán útil sería que los mexicanos supiésemos imitar, cuando las circunstancias de la vida lo pidiesen, el estoicismo callado y útil y por eso mismo heróico, del simple oficial Porfirio Díaz, que gravemente herido, presa de agudos dolores y en peligro de muerte, seguía batiéndose y cumpliendo su deber, como la cosa más natural y sencilla del mundo, sin exhalar una queja ni hacer mérito de su sacrificio.

Capitán de guardia nacional era Porfirio Díaz cuando, en 1857 dejó la Jefatura política del distrito oaxaqueño de Ixtlán, para marchar á la cabeza de una compañía de esa guardia y á las órdenes del Teniente Coronel Don Manuel Velasco, á batir en el Distrito de Jamiltepec, al jefe reaccionario Coronel José M^a Salado, que con un cuerpo fuerte de 900 hombres, se había alzado en armas contra el Gobierno legítimo y contra la Reforma.

El 13 de Agosto de ese año fué el encuentro de la columna de Salado contra la tropa del Gobierno, que apenas sumaba 400 hombres, en el pueblo costeño de Ixcapa. Allí pereció Salado, y allí recibió Porfirio, casi al comenzar el combate, su bautismo de sangre, hizo cincuenta años cabales el 13 de Agosto último. A quemarropa le alcanzó una bala que le atravesó el costado y se le quedó alojada en el cuerpo, en el fondo de tremenda herida; además, al caer se le hincaron las cañas resacas del rastrojo en que esta dramática escena se desarrollaba, y le causaron otras lesiones en el costado derecho, no graves, pero sí dolorosas. Todos vieron desplomarse al joven Capitán y le tuvieron por perdido; pero con gran asombro también le vieron levantarse en seguida, pálido y sangrando, y seguir batiéndose hasta triunfar.

Como primera curación, el Lic. Montiel, Mayor del cuerpo á que pertenecía Porfirio, le aplicó por todo remedio, el mismo día de la batalla, hilas secas en forma de lechinos para detener la hemorragia; la segunda curación la hizo un indio torpe é ignorante que le envenenó la herida con cierto unguento bárbaro, compuesto de resina de ocote, huevo y grasa. Hasta ocho días después intervino un médico, el Dr. Don Esteban Calderón, quien por más esfuerzos que hizo y á pesar de varias cruentas operaciones que practicó, no pudo hallar ni extraer la bala que había producido aquella extraña y tortuosa lesión.

El regreso á Oaxaca fué lento y penosísimo. Cerca de cincuenta días después de recibido el balazo, y cuando la herida se hallaba en plena infección, fueron intentando curarla formalmente los médicos Carlíos, Ortega Reyes—futuro padre político del joven capitán—Don Pedro Ramírez y Gamboa; pero al fin hubieron de declararse vencidos, porque la bala no parecía; únicamente lograron desinfectar la herida á fuerza de cuidados y de crueles curaciones, en que dominaron los cauterios con potasa cáustica.

Debilitado, casi agotado por los sufrimientos y las pérdidas de sangre, y conservando la bala perdida en el vientre, en tal situación se hallaba cuando el Gobierno local le llamó para que ayudara á desalojar al feroz reaccionario Cobos, que se había adueñado de la ciudad de Oaxaca. En el acto acudió Porfirio al llamado, sin acordarse de sus dolores ó, más bien, sobreponiéndose á ellos; y así se batió durante el largo sitio que sostuvieron las fuerzas liberales en el convento de Santo Domingo; y así soportó privaciones tremen-

das, pues llegó el momento en que los sitiados no tuviesen ni un grano de trigo ni de maíz, ni una gota de agua; y lo que es más aún, así realizó proezas como la del ataque á una trinchera hecha con sacos de harina.

Más de veinte días de sitio habían trascurrido, y la falta de municiones de guerra y de boca comenzaba á producir sus efectos demoralizadores, cuando el Capitán Díaz tuvo noticia de que una de las barricadas, la que el enemigo había levantado en la esquina llamada del *Cura Unda*, frente á las mismas posiciones de Porfirio, estaba formada en su mayor parte de sacos de salvado y de harina. Inmediatamente concibió la idea de apoderarse del sustancioso material de aquella trinchera, que tanta falta hacía en el recinto sitiado.

Le propuso el asalto al Gobernador Díaz Ordaz, y se convino en que el animoso Capitán saldría de su línea con 25 hombres de su compañía, y por medio de horadaciones, al través de varias casas de la manzana contigua, llegaría á las ventanas de la casa del *Cura Unda*, que daban á retaguardia de la deseada trinchera.

Por principio de dificultades, no se le dieron á Porfirio los 25 hombres de su compañía, según se había acordado, sino de fuerzas irregulares, entre ellos algunos serenos que eran policías y no soldados, y el Capitán contaba con la disciplina y la adhesión de sus subordinados inmediatos, educados conforme á los principios de orden y equidad que desde entonces profesaba y practicaba el futuro caudillo.

A pesar de todo, en la noche del 9 de Enero del 58, á eso de las diez, emprendió el movimiento comenzando por perforar con instrumentos de carpintería y agua, para no hacer el menor ruido, una serie de muros que afortunadamente eran de deleznable adobe.

Como en cada casa de las que horadaban, tenía que dejar un hombre para cubrirse la retirada, cuando llegó á la última casa, apenas le quedaban tres individuos. La esquina de esta casa, donde había una tienda, estaba en poder del enemigo, quien tenía su destacamento en la trinchera que daba frente á Santa Catarina. Al terminar la horadación final, cayó hacia fuera el cascote que la cubría, y el propio jefe de la fuerza reaccionaria sitiadora, el llamado Gral. Don José María Cobos, que á la sazón se hallaba encerrado en un excusado cercano, habiendo dejado á sus ayudantes en la tienda, oyó el ruido, vió que por la horadación entraban soldados, y consideró prudente permanecer en su escondite.



Ex-General Leonardo Márquez, uno de los caudillos más temibles de la reacción, y Lugarteniente del Imperio. Sembró el terror en las filas liberales por su ferocidad, de que fueron víctimas los jóvenes sacrificados en Tacubaya, el gran democrata Ocampo y los ilustres Generales Degollado y Valle. El Gral. Díaz le derrotó siempre desde el primer encuentro en Jalatlaco, donde venció con 272 hombres á cerca de 4,000, con once Generales, entre ellos los Cobos y Negrete; luego en Pachuca y Real del Monte, más tarde en San Lorenzo, y, por último, en México, con cuya toma terminó militarmente la epopeya de la Intervención.

El Capitán Díaz formó á su docena de hombres en el segundo patio de la casa, y á la cabeza de ellos avanzó resueltamente al asalto; en el camino encontró á una joven y la encerró en un cuarto para que no diera la voz de alarma; dirigióse en seguida á la trastienda, cuyas ventanas daban á la espalda de los defensores de la trinchera, y á las primeras de cambio los desalojó, obligándoles á replegarse hacia el destacamento que estaba en la tienda. En la puerta de la trastienda se trabó reñido combate, que duró más de media hora. Viendo que le quedaban ya muy pocos soldados, mandó tocar diana, que era la señal convenida para pedir refuerzo; pero el Coronel Don Ignacio Mejía, jefe de la fuerza liberal, ó no oyó el toque ó lo entendió á la inversa, puesto que en vez de allegar el refuerzo necesario, ordenó que tocaran diana los destacamentos que guarnecían las torres de Santo Domingo y del Carmen, cuyas campanas se echaron á vuelo. Cruel ironía para el comprometido Capitán que á pesar de su herida, había tomado sobre sí aquella empresa por conseguir algunos víveres con que aliviar la penuria de los sitiados.

Entretanto, la situación en la trastienda iba haciéndose desesperada para Porfirio, porque como el asalto se prolongó mucho, hubo tiempo para que llegara de la plaza un refuerzo reaccionario de 20 hombres del 9º Batallón, al mando de su Teniente Coronel Don Manuel González, quien más tarde llegó á abrazar la causa nacional, en los comienzos del gran sitio de Puebla, pero que por entonces era furioso *cruzado*.

Cuando Porfirio se convenció de que le habían abandonado en la empresa, no le quedaban más que tres hombres y el corneta; entonces arrojó simultáneamente sobre los defensores de la tienda, las granadas de mano que llevaba, y aprovechando la confusión que los estallidos produjeron, se batió en retirada. Por desgracia extravió el rumbo de las horadaciones y llegó á verse ante una tapia sin salida alguna y con los enemigos á la vista; mas á pesar de lo que le entorpecía la herida, pudo saltar el obstáculo y regresar á su línea de defensa.

* * *

En la semana siguiente al malogrado asalto de la trinchera comestible, creció la desmoralización entre los sitiados y llegó á su colmo al saberse que el Gobierno oaxaqueño había decidido dejar

la capital en manos de los Cobos y retirarse á la sierra. Conociendo este designio por los oficiales jóvenes, entre los cuales se contaban Porfirio, resolvieron intentar un ataque á pesar de la superior voluntad, porque no se resignaron á aceptar aquel humillante desenlace. Llegó esta resolución á oídos del Gobernador Díaz Ordaz y del Coronel Mejía; y como no estaban en condiciones de someter á los pundonorosos rebeldes, pensaron castigarlos poniéndolos á la cabeza de las columnas que diesen el asalto.

Al amanecer del 16 de Enero del mismo año, dividida en tres columnas fuertes de unos doscientos hombres cada una, la tropa liberal bajó hacia la Plaza de Armas para desalojar de sus posiciones á la respetable fuerza que mandaban los hermanos Cobos, Don José y Don Marcelino, feroces reaccionarios españoles, de triste celebridad.

La primera columna, que debía atacar por las calles hoy de *Jules* y del *Sagrario* de la capital oaxaqueña, bajó mandada por el Teniente Coronel Don José María Batalla y por el Capitán Don Manuel Altamirano, de los cuales el primero cayó combatiendo valientemente y murió pocas horas después, y el segundo quedó herido de gravedad; sin embargo de esto, la columna llegó hasta la plaza, á las órdenes del Capitán y futuro General, Don Mariano Jiménez. La segunda columna la mandaban el Teniente Coronel Don Manuel Velasco y el asendereado Capitán Porfirio Díaz, cuya vieja herida se hallaba en tan lastimoso estado por el abandono de las penalidades del sitio, que no le permitía ceñirse la espada. La tercera columna, á cuya cabeza iban el Teniente Coronel José María Ballesteros y el Capitán Luis Mier y Terán, futuro divisionario, bajó por la calle de la *Barranca* y siguientes hacia el Sur, hoy de *Porfirio Díaz* y del *2 de Abril* hasta llegar á Palacio por la puerta frontera al templo de la *Compañía*, sin haber hallado en el trayecto más obstáculo que una trinchera de adobes, que no estaba artillada. El Coronel Mejía tomó para sí el mando de la reserva, que se componía de más de 400 hombres y que debía marchar en caso necesario, sobre las huellas de la segunda columna.

Esta bajó por las calles del *Carmen Alto* de la *Campana* y del *Colegio de Niñas*, todas de *La Libertad* actualmente, y llegó hasta el atrio de la Catedral, después de haber forzado la trinchera de la calle de la *Cárcel* donde había un cañón que cierto valiente sagento volteó á costa de la vida, gracias á lo cual quedó el arma

en poder de los suyos. En la esquina de la Alameda y el *Portal del Señor*, se reunió á la segunda la primera columna, que había quedado sin jefes; y en la ruda y desventajosa pelea que ambas trabaron con los reaccionarios, bajo las arcadas del portal susodicho, cayó también gravemente herido el Teniente Coronel Velasco, y asumió el mando Porfirio. En el acto organizó una nueva columna con los restos de la primera y la segunda, y marchó denodadamente sobre el Palacio, al que por fin logró penetrar por la puerta del centro, mientras Ballesteros y Terán llegaban ante las del patio occidental. El enemigo, arrollado en varias partes, fué duramente castigado en el Palacio, su último refugio, hasta que lo abandonó en derrota declarada, perdiendo entre muertos y heridos muchos oficiales y tropa, y dejando en manos del vencedor, armas, dinero, municiones y muchos prisioneros, de los que más de treinta eran jefes y oficiales.

El Teniente Coronel Manuel González salió en desorden con el 9º Batallón, por el extremo Oriente del Portal de Palacio; ostentaba en el pecho la cruz roja de los reaccionarios, y por esa señal estuvo á punto de caer en manos de los soldados que le perseguían de cerca, pues en la retirada se le cayó el sombrero, y al volverse á recogerlo, le reconocieron los perseguidores por la insignia de los jefes *cruzados* y dispararon sobre él; sin embargo, escapó ileso.

En tanto, la columna de reserva se había quedado estacionada á la altura de la Catedral, con su jefe el Coronel Mejía, quien desde allí asistió á la toma del Palacio y á la victoria definitiva del ejército que mandaba de derecho.

Lejos de consagrarse entonces el Capitán Díaz á su curación, como lo demandaba su estado delicadísimo, pues frecuentemente sufría hemorragias por la herida mal cicatrizada, que se le abría al menor esfuerzo, montó á caballo á costa de crueles dolores, é inmediatamente salió con Mejía y 600 hombres en persecución de la columna de Cobos, doble en número, á la que fué pisándole los talones por espacio de ochenta leguas, hasta que la alcanzó y derrotó en Jalapa, siete leguas al Oeste de Tehuantepec.

Tampoco entonces descansó; sin concederle ascenso ni premio alguno que le estimulara, como justa recompensa de esta serie de triunfos, el Gobierno de Oaxaca le nombró Gobernador y Comandante Militar del Departamento de Tehuantepec, para que dominara los levantamientos reaccionarios que allí había sin cesar. No se trataba, pues, de un nombramiento honorario, ni de una canon-

gía, sino de un cargo pesadísimo y erizado de peligros, fatigas y responsabilidades.

Por lo pronto, Conchado, un fanático carlista español, intruso en la misma laya de los Cobos, amenazaba Tehuantepec, al frente de una numerosa partida de indios. El Capitán Díaz le presentó batalla y le derrotó en el rancho de las Jícaras, el 13 de Abril del 59, allí ganó el grado de Comandante, que sin embargo, no llegó á confirmársele con el nombramiento oficial, sino hasta después de algunos meses.

En aquel puesto de tanto trabajo como riesgo, sufriendo el tormento de su incurable herida, y atacado por añadidura de agotante paludismo, se batió casi cada semana, durante dos años, librando combates, rechazando y dando asaltos y evitando emboscadas y asechanzas; y así fué ganando lenta y penosamente el grado de Teniente Coronel, por la acción de la Mixtequilla, en que derrotó al Teniente Coronel Espinosa, en Junio del 59, y el de Coronel por la toma de Tehuantepec, en Noviembre del mismo año.

Durante ese larguísimo lapso, el Gobierno le tuvo poco menos que olvidado á pesar de los útiles servicios que estaba prestando por cierto sin la menor ayuda material ni moral, porque solían pasarse hasta seis meses sin comunicación de ninguna clase entre el capital del Estado y el Istmo, hoy en fácil contacto con el mundo entero.

Después de veinte meses de recibido el balazo en Ixcapa, unos cirujanos extranjeros lograron extraerle á Porfirio la bala que tanto le hacía sufrir. La oficialidad de un barco de guerra norteamericano fondeado en la Ventosa, obsequió con un banquete á bordo al Comandante Díaz y al Juez Don Juan Avendaño, como autoridades superiores del Departamento. Al calor de los brindis, los yanquis, un tanto descorteses, dejaron traslucir su opinión de que los militares mexicanos valían poco y ganaban sus grados por favoritismo. El Juez Avendaño salió á la defensa de los nuestros, y para probar su dicho, citó el ejemplo del Comandante Díaz que con tantas dificultades había obtenido sus ascensos, merced únicamente á las proezas llevadas á feliz término, sin cuidarse de su vieja herida. Interesáronse todos en el relato, particularmente el cirujano del barco, quien ofreció extraer la bala perdida en las entrañas del valeroso hijo de Oaxaca.

Al día siguiente, Avendaño correspondió el obsequio en Te-

huantepec; y durante la reunión volvió á hablarse de la herida de Porfirio, decidiéndose llevar á efecto la arriesgada y cruenta operación, que esta vez tuvo éxito feliz, pues el cirujano de marina y sus ayudantes hallaron la famosa bala y la extrajeron por una incisión practicada en la región lumbar derecha del operado, quien tan pronto como se vió libre de tan molesta huésped, por un rasgo de complicado de amor filial, la envió á la señora viuda de Díaz.

El mismo día de la operación recibió Porfirio orden del Gobierno Federal, de encargarse inmediatamente en Minatitlán y conducir á salvo, á través del istmo, infestado de fuertes gavillas reaccionarias, un convoy de armamento y municiones que hacían urgentísima falta en el centro del país, á donde debían llegar saliendo y volviendo á entrar por un puerto del litoral del Pacífico.

Para que se pueda juzgar de la importancia de este servicio, diremos que se trataba de 8,000 fusiles, algunas carabinas y sables, gran cantidad de municiones labradas, 2,000 cuñetes de pólvora y muchos quintales de plomo, siniestras mercancías que entonces dominaban en el comercio nacional y que Don Matías Romero había conseguido dificultosamente en los Estados Unidos.

Al saber el Gobierno reaccionario esa noticia, destacó de Orizaba, Córdoba y Oaxaca, varias fuerzas que interceptaran el paso del convoy; y el Gobierno legítimo, creyendo imposible salvarlo, ordenó al Comandante Díaz que lo quemara antes que dejarlo en manos del enemigo.

Esclavo del deber, sin vacilar un momento y sin tener en cuenta su peligroso estado, el día siguiente al de la extracción de la bala, se levantó Porfirio de la cama, montó á caballo y partió á Minatitlán. Al llegar al río de la Puerta no encontró más que una débil canoa, y en ella se embarcó acompañado del Teniente Coronel Gallegos y de dos asistentes; como ninguno de ellos sabía remar, corrieron inmenso riesgo de ser estrellados por lo impetuoso de la corriente en los rápidos del río; bregando duramente llegaron á Minatitlán con las manos destrozadas, cuando la fuerza reaccionaria se hallaba ya sólo á ocho leguas de distancia.

No había un instante que perder, y en el acto se emprendió el trasbordo del cargamento al vapor «Súchil» que prestó la compañía Luisiana de Tehuantepec. Toda la noche y parte del día siguiente se emplearon en esa faena, por estar el cargamento dividido en dos barcos, á causa de que el Capitán del vapor en que ve-

nían las armas, no quiso admitir explosivos, y éstos se cargaron en un pailebot.

Sin tardanza emprendió el activo Comandante la marcha, á cortas jornadas, por caminos penosísimos, bajo la inclemencia del clima tropical en plena primavera y sosteniendo continuos tiroteos con el enemigo, que venía muy cerca; todo esto sin contar con la herida en curación.

No por haber llegado á Tehuantepec quedó en seguridad el convoy, pues Cobos, que se había adueñado nuevamente de Oaxaca después de haber derrotado completa y lastimosamente á Don Ignacio Mejía en Teotitlán, envió contra Díaz, quien dos veces le había vencido, una fuerte columna á las órdenes del Gral. Alarcón, al que se unieron en el camino numerosas gavillas reaccionarias.

A diez leguas de Tehuantepec acampaban ya Alarcón y sus tropas, cuando Porfirio, que se había fortificado provisionalmente en el barrio de San Blas, en espera de refuerzos é imposibilitado para moverse á causa del armamento, consiguió cerca de 200 carretas, en las que pudo conducir sin contratiempo el convoy hasta Juchitán, primero, y á la Ventosa después. Para despistar al enemigo no quiso seguir el ordinario camino, sino que abrió otro á través de lo más agreste del monte, y por allí cruzó, cuidando de cerrar el paso tras de sí con los mismos árboles talados, para imposibilitar toda persecución.

En la Ventosa recibió el convoy Don José Romero, hermano de Don Matías, trasladándolo por mar á manos del Gral. Don Juan Alvarez, que lo esperaba en Zihuatanejo.

Ninguna recompensa especial mereció esta heroica hazaña, en que Porfirio corrió uno de los riesgos mayores entre los incontables en que le han puesto su amor á la patria y su abnegación sin límites.

VII

PERSEVERANCIA

«NO DEBEMOS HACER SIEMPRE LO MISMO, SINO DIRIGIRNOS
SIEMPRE AL MISMO OBJETO.»

Al pie de las tristemente célebres cumbres de Acultzingo, donde el Ejército Republicano combatió por primera vez con el de Napoleón III, con tanto valor como mala fortuna; en un paraje que se llama el Puente Colorado, allí encontraron los invasores extranjeros cerrándoles el paso, también por vez primera, á Porfirio Díaz, que había ganado ya la banda de General de Brigada derrotando y poniendo en fuga al asesino Márquez en Jalatlaco.

Fué esta victoria una hazaña admirable de audacia, de valor y de genio militar; en los primeros momentos nadie quería darle crédito, y aun se dijo que Porfirio, como el ilustre Degollado y como Valle, había sido vencido y fusilado por Márquez, quien por aquellos días se jactaba de que acabaría con todos los «liberales jóvenes de talento y de valor»; y desgraciadamente parecía en camino de cumplir su siniestra promesa. Mas hubo al fin quien le cortara las alas para siempre.

Envalentonado el asesino de Ocampo con la fácil derrota de aquellos dos valientes liberales á quienes había perdido su arrojo, se atrevió á llegar en son de amenaza hasta las goteras de la capital, donde produjo gran alarma; mas no pasó de la Ribera de San Cosme detenido y ahuyentado, tras breve escaramuza, por la Brigada de Oaxaca que se hallaba acuartelada en San Fernando. El Coronel Porfirio Díaz, que en esos momentos estaba en la Cámara de Diputados, pidió permiso para acudir inmediatamente en defensa de la ciudad; pero cuando llegó al sitio del combate, Márquez iba ya en retirada.

El mismo día de la frustrada intentona, 25 de Mayo de 61, re-